

# CASO DE BIOÉTICA

## DECIDIR EN EL FINAL DE LA VIDA

Miguel tiene 52 años y es hijo único. Desde hace tres años acompaña a su madre, Carmen, de 84, diagnosticada con un cáncer avanzado. Tras varios tratamientos, los médicos han confirmado que la enfermedad ya no responde a terapias curativas. En los últimos meses, el deterioro ha sido evidente: pérdida de peso, fatiga intensa y episodios de dolor cada vez más frecuentes.

Una madrugada, el dolor se vuelve insoportable y Miguel la lleva al hospital. Tras estabilizarla, el equipo médico le comunica con serenidad que su madre se encuentra en fase terminal. No se trata ya de curar, sino de acompañar. Le explican que existen cuidados paliativos para controlar el dolor y otros síntomas, pero que implican recursos continuos, medicación costosa y, probablemente, ingreso prolongado o atención especializada en casa.

Uno de los médicos, con tono comprensivo, añade que en estos casos muchas familias optan por limitar ciertas intervenciones y recurrir a sedación profunda cuando el sufrimiento aumenta. “Es lo más humano”, le dice. “Evita que pase por momentos difíciles. Además, mantener todos los cuidados puede ser muy costoso y no cambia el desenlace”.

Miguel sale del hospital con sentimientos encontrados. No duda de la buena intención de los profesionales, pero la conversación le deja inquieto. Su madre siempre fue una mujer creyente, que repetía que la vida es un don de Dios y que hay que vivirla con dignidad hasta el final. Nunca habló de situaciones concretas, pero sí expresó que no quería “ensañamiento”, aunque tampoco que se acelerara su muerte.

Miguel comienza a hacerse preguntas difíciles. ¿En qué momento un tratamiento se convierte en desproporcionado? ¿Es moralmente obligatorio mantener todos los cuidados posibles? ¿La sedación es siempre correcta? ¿Existe una diferencia real entre aliviar el dolor aunque pueda acortar indirectamente la vida, y provocar la muerte para evitar el sufrimiento?

También pesa la cuestión económica. Miguel no es rico. Parte de los cuidados no están totalmente cubiertos. ¿Es egoísmo pensar en el coste? ¿Es falta de amor aceptar limitar ciertos medios? ¿Qué significa acompañar cristianamente a alguien “hasta el final”?

Cuando vuelve a la habitación, su madre está consciente. Le aprieta la mano con debilidad. No le pide nada concreto. Solo le dice: “Hijo, que sea lo que Dios quiera... pero no me dejes sola”. Miguel comprende que la decisión no es solo médica ni económica. Y sabe que lo que haga será una forma concreta de vivir lo que significa respetar la dignidad de la vida en su último tramo.

## PREGUNTAS:

1. ¿Está Miguel moralmente obligado a mantener todos los medios disponibles, o puede legítimamente limitar algunos? ¿Con qué criterio?
2. ¿Qué significa que los síntomas son refractarios? ¿Qué diferencia moral existe entre la sedación paliativa y la eutanasia en este contexto concreto?
3. Quid ad casum: ¿qué decisiones concretas podría tomar Miguel en este caso?